

UN PERRITO PARA JAVIER





Felipe tenía unos cachorros que necesitaba vender. Un día puso un aviso para anunciar la venta.

Cerca de su casa había un poste, y allí fijó el aviso. No bien había acabado de clavarlo, escuchó la voz tímida de un niño. Era Javier que al pasar por allí vio el aviso y se interesó en comprar un perrito.



–Joven, quisiera comprar uno de sus perros.

–Muy bien –respondió Felipe, mientras se limpiaba el sudor de la frente–, pero estos cachorros son de raza pura y cuestan mucho dinero.

Javier, cabizbajo, metió la mano en el bolsillo. Sacó un puñado de monedas y se las mostró a Felipe.

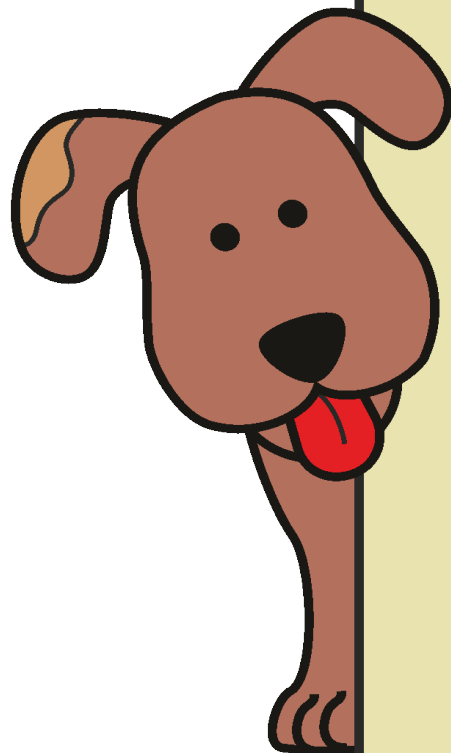
–No tengo más que esto. ¿Puedo verlos?

–Claro que sí –le aseguró Felipe.



Con un silbido llamó a la madre de los cachorros. La perra salió corriendo de la casa, seguida de cuatro encantadores perritos. Javier no pudo disimular el placer que sintió al verlos.

Mientras los cachorros se acercaban a la cerca de alambre, Javier se dio cuenta de que otro perrito se había asomado a la puerta.



Ese perro salió lentamente, sin poder ocultar lo pequeño que era comparado con los demás. Se esforzó al máximo por alcanzar a sus hermanitos, pero le costó mucho trabajo porque cojeaba de una pata.

–Yo quiero ése –dijo Javier y señaló al perrito que cojeaba.

Felipe se arrodilló junto a Javier y le aconsejó:

–Muchacho, ese cachorro no te conviene. Él jamás podrá correr y jugar contigo como otros perros.





Javier dio un paso atrás, se inclinó, y comenzó a remanergarse el pantalón mostrando una pierna.

Al hacerlo reveló un aparato ortopédico que lo ayudaba a caminar, sujetado con tornillos a un zapato especial.

Mirando de nuevo a Felipe, le explicó:

–Como puedes ver, yo tampoco corro muy bien, y él va a necesitar a alguien que lo comprenda.

¡Qué bello corazón el de Javier! Desde pequeño había aprendido a ser amable y compasivo.

Sus padres le habían enseñado a tener una buena actitud en todo momento.



Felipe quedó tan conmovido por la actitud de Javier que decidió darle el perrito.

–Ese perrito te necesita –dijo Felipe–. Te lo regalo. ¡Llévalo y cuídalo!

–¿Me lo regalas? –exclamó Javier, emocionado–. ¡No lo puedo creer!

–Sí, porque me doy cuenta de que tienes un buen corazón. El perrito va a ser feliz contigo.

–Gracias, Felipe. Gracias, ¡muchas gracias!

Javier miró al perrito y dijo:

–¡Feliz! Te llamarás Feliz. Tú y yo seremos felices. ¡Qué bueno que encontré un perro que es como yo!

Javier dio un fuerte abrazo a Feliz y ambos se fueron cojeando por la calle.

El perrito cojo ahora tenía un amo que lo iba a comprender y amar.



**Sean amables
unos con otros,
sean de buen
corazón.**

Efesios 4:32

